

LA DIFUSION DE LAS ARMAS NUCLEARES. VARIEDAD DE SIGNIFICADOS

«En la hora actual, el arma atómica es la única que hace de un país un gran país político.»

Georges POMPIDOU, primer ministro de Francia, en una entrevista radiotelevisada, 22 diciembre 1964.

«Mañana y en los años venideros, nuestro porvenir y el porvenir del mundo estarán determinados en no pequeña medida por lo que hagamos ahora ante los complejos y difíciles problemas planteados por la diseminación de armas nucleares.»

Presidente JOHNSON, enero 1965.

I.—“*Statu quo*” y “*colosos*”.

En un folleto de la “National Planning Association”, se declara que “la difusión de las armas nucleares introducirá en la ecuación política internacional factores que no pueden calcularse”.

Incertidumbres que explican la doctrina de las superpotencias sobre—mejor, contra—la proliferación de los ingenios nucleares.

Tal doctrina es corolario del dogma sacrosanto del *equilibrio del terror*. Ella constituye uno de los pilares de la política nuclear de los U. S. A.¹ y de la U. R. S. S. Su argumento es simple: la paz está actualmente asegurada por el duopolio nuclear que paraliza a cada uno de los supergrandes en el terror de la respuesta del adversario. La relativa simplicidad de fuerzas y relaciones existentes en una situación mundial de ese tipo representa—en el sentir de Liska—la óptima condición de equilibrio—o estabilidad—, siempre que ambas potencias sean racionales y conservadoras².

* * *

¹ Los Estados Unidos han defendido un proyecto encaminado a favorecer la no-diseminación de los ingenios atómicos, y que rechazaban los soviéticos en razón de prever un cierto número de garantías y controles—concretamente, una inspección cada vez más amplia de la industria nuclear «pacífica» de los Estados—. Vid. *Le Monde*, 4 julio 1964, pág. 2.

² Cons. G. LISKA: *Nations in Alliance*, The Johns Hopkins Press, 1962, pág. 276.

Los ingredientes de tal urdimbre se comprobaban nítidamente durante la crisis de Cuba, en 1962. Ella demostraba que los rusos preferían el mantenimiento del *statu quo* a los riesgos de una aventura nuclear.

Ahora bien; no se olvide que ya en 1956 los Estados Unidos reconocían las necesidades del respeto mutuo de las esferas de influencia, al dejar a la Unión Soviética reprimir la revuelta húngara. Budapest era abandonada a su suerte, para no dar origen a un conflicto mundial...³.

Volviendo al asunto cubano, tenemos que la alocución del 22 de octubre de 1962 del presidente Kennedy evidenciaba cómo la acción estadounidense sobre Cuba era provocada por la violación del *statu quo* cometida por los rusos al instalar rampas de lanzamiento a unos centenares de kilómetros de los principales objetivos americanos.

Y retroceso soviético que ha de valorarse en toda su extensión. Con tal medida, la U. R. S. S. se jugaba mucho. Piénsese que la crisis de Cuba ponía fin a la convicción—generalmente extendida—de la enorme ventaja de la Unión Soviética conseguida tras el lanzamiento de su primer *Sputnik* en 1957. Tal convicción se hallaba profundamente arraigada en extensas capas de la Humanidad. Y ella se reforzaba en 1961, cuando los aliados ofrecían su total impotencia para impedir la construcción del muro de Berlín.

Esa ventaja en el terreno científico y, por consiguiente, en el dominio militar considerábase de tan gran envergadura que se creía bastaba una presión sobre un punto débil del dispositivo del adversario para que éste se viese obligado, en plazo más o menos breve, a retroceder.

Con la retirada de sus proyectiles en la República cubana, Rusia perdía su *aura* de invencibilidad ante los países subdesarrollados.

Y eso, ante el *temor nuclear*...

Y todo eso, a despecho de los ataques chinos, que acusaban a los rusos de un "Munich"⁴. La Unión Soviética no dudaba en hacer frente a Pekín y contraatacar. Por ejemplo, Kossiguin—adjunto de Krushev—presentaba decididamente la cuestión, en noviembre de 1962: "¿Valía la pena hacer concesiones [en Cuba]? Consideramos que era preciso hacerlas, por ambas partes, porque se trataba de concesiones recíprocas y era un compro-

³ Vid. Jean SCHWOEBEL: *Les deux K, Berlin et la paix*, París, Julliard, 1963, pág. 245.

⁴ Cons. SCHWOEBEL: cit. nota ant., págs. 248-249.

miso razonable. Era un compromiso hecho en interés de todos los pueblos, ya que de ese modo ha sido liquidado el peligro de una guerra termonuclear mundial...”

El mismo Kruschew insistía, el 12 de diciembre de ese año, en un informe al Soviet Supremo: “Buscamos [la] victoria no sobre el camino de la guerra, sino sobre el de la construcción pacífica, de la competición con el capitalismo... Por supuesto, si alguno nos impone la guerra, sabremos defendernos .. Pero haremos todo lo posible por evitar una conflagración militar...”

* * *

Y he aquí que, dentro de ese contexto, un punto de identificación entre las superpotencias es su oposición a la difusión de las armas nucleares.

Así, vemos que la U. R. S. S. no ha dudado en tomar los riesgos de una ruptura con el Gobierno de Mao Tse-tung, antes que renunciar a su política nuclear⁵.

Por parte estadounidense, la proliferación de las armas nucleares se ha reputado “como el mayor de los peligros posibles”. Y los U. S. A. se han enfrentado con los riesgos de una ruptura de la Alianza atlántica resultante de la agravación del “conflicto” franco-americano. Un arma nuclear francesa es doblemente inadmisibles para Washington: 1) por ser susceptible de alimentar la desconfianza de la Unión Soviética, pudiendo temer que un día Francia quisiera asociar a Alemania a su empresa nuclear, a fin de asegurar la independencia nuclear de Europa; 2) por desempeñar el papel de “detonador” capaz de obligar a los *colosos*—contra su voluntad—a recurrir a su arsenal nuclear. Efectivamente, en el hipotético caso de que el Gobierno de París se sirviera de sus ingenios atómicos contra la U. R. S. S., ésta—no sabiendo de manera cierta de dónde procedían los golpes y ansiosa por detener eventualmente el aniquilamiento, sin más, de sus ciudades de mayor importancia—se comprometería indudablemente en una guerra total nuclear contra el Occidente⁶. Los Estados Unidos no tendrían posibilidad alguna de mantenerse apartados. De ahí que la inadmisibilidad del “detonador” galo para Washington se deba, primariamente, a que le

⁵ La U. R. S. S. denuncia la voluntad de China de procurarse a todo precio el arma atómica (21 septiembre 1963). Vid. *Le Monde*, 2 enero 1964, pág. 7.

⁶ Sin embargo, ante una eventualidad de ese carácter, se argumenta también de modo distinto por los defensores de la proliferación de las armas nucleares.

pone en peligro de comprometerlo sin su acuerdo en un conflicto nuclear y, en un segundo plano, a que tal conflicto sería apocalíptico, de destrucciones en masa ⁷.

II.—Independencia frente a duopolio nuclear. Un ejemplo: la dialéctica de la V República.

Aquí es momento de encuadrar la política de De Gaulle a este respecto.

Una de las facetas de la concepción de la *Europa independiente* del general-presidente es la negativa a aceptar el monopolio estadounidense de las armas nucleares en el seno de la Alianza atlántica o, aun mejor, el monopolio de la decisión concerniente a la utilización de esas armas.

Y observemos que en esta filosofía del general De Gaulle se dan cita: a) el convencimiento de que los Estados Unidos y la U. R. S. S. están decididos a no llegar a las manos en el plano nuclear y que la paz no está actualmente amenazada; b) el rechazo categórico de que la negativa de Francia a aceptar la dirección y el monopolio nucleares de los U. S. A. habría de debilitar la seguridad del Occidente; y c) la creencia de que la constitución de una *force de frappe* gala aumentaría singularmente la seguridad de Europa, al permitir hacer frente a los eventuales “desfallecimientos” de la *leadership* americana.

Para los medios dirigentes de la V República Francesa, un total monopolio estratégico y nuclear de los Estados Unidos resulta, a la vez, inadmisiblemente y peligroso. El dejar a otro Estado el cuidado de juzgar sobre los intereses vitales nacionales y sobre el momento y la manera de protegerlos se toma como una forma de colonización. Y todo Estado consciente de sus responsabilidades no podría admitir tal abdicación. Ya que ella podría convertirse en algo catastrófico si el Estado “protector”—los U. S. A.—, en este caso—no se hallase, un día, dirigido por gentes a la altura de sus responsabilidades ⁸.

Dentro de esa tónica, la decisión de Washington de retirar de Europa,

⁷ Para una óptica *de conjunto*, vid. M. MERLE: «La vie internationale», Paris, Colin, 1963, págs. 261-267.

⁸ Aparte del desastroso retraso que para Europa supondría—en las ciencias y las técnicas del futuro—el mantenimiento del monopolio americano. Vid. SCHOWOEBEL, cit. ant., pág. 180.

en abril de 1963, sus cohetes de alcance intermedio (en Italia y en Turquía) y su insistencia en reclamar de los europeos el acrecentamiento de sus fuerzas clásicas, confirmaban a la Francia de De Gaulle en el convencimiento de que los Estados Unidos cada vez estaban menos dispuestos a servirse de sus armas nucleares para defender a Europa⁹.

Por otro lado, a los ojos de la estimativa gaullista, la defensa nuclear de Europa es *tanto un problema de seguridad como un problema de dignidad*. El propio respeto impone a Europa asegurar su defensa por sus propios medios y a no mantener durante más tiempo la mentalidad de un "protegido" que confía a su "protector" el cuidado de defenderle y de tomar a su cargo los gastos de esa defensa...

* * *

Ahora bien; sabido es que, en este aspecto de la seguridad de nuestro Continente, muchos europeos creen que su seguridad reside, ante todo, en la fuerza militar de los Estados Unidos y rechazan categóricamente la idea de que Washington pudiese traicionar sus compromisos¹⁰. Por otro lado, niegan la eficacia de la *force de frappe* y piensan que impondrá a Francia cargas tan colosales que se verá obligada a renunciar a ella¹¹. En cuanto

⁹ Ante el «colosal poderío» atómico de los Estados Unidos y los «enormes recursos» de la misma clase que poseen los rusos, *«nadie, en ninguna parte, puede saber de antemano si, en caso de conflicto, las bombas atómicas serían o no inicialmente utilizadas por los dos principales campeones; si, en caso afirmativo, las utilizarían únicamente en la Europa Central y Occidental sin atacarse el uno al otro directa e inmediatamente; o si, por el contrario, se verían llevados inmediatamente a sembrar la muerte en sus obras vivas respectivas»*. El párrafo registrado ha sido extraído del discurso del general De Gaulle el 19 de abril de 1963. (Vid. *Documentos*, Caracas, abril-junio 1963, págs. 306-307.) Por lo demás, en esta coyuntura, hemos de mencionar la crítica de la teoría de la *flexible respuesta*—el escalonamiento, etc.—a cargo del jefe del Estado Mayor francés, el general AILLERET: «Opinions sur la théorie stratégique de la *flexible response*», *Revue de Défense Nationale*, agosto 1964. Un sustancial resumen del texto se inserta en *Le Monde*, 30 julio 1964, págs. 1 y 7.

¹⁰ Ciertamente los gaullistas admiten: «No nos imaginamos que los Estados Unidos quieran abandonar Europa.» Pero se arguye que «no existe *seguridad absoluta* en lo inmediato». Aún más: «No se puede saber si dentro de diez o quince años el pueblo americano no cambiará de parecer.»

¹¹ No obstante, vid. los pormenores de las metas francesas para el año 1970, en la conferencia de Prensa del general De Gaulle de 23 de julio de 1964, *Le Monde*, 25 julio 1964, pág. 2.

a una eventual *force de frappe* europea, muchos europeos sienten que no podría realizarse sin la decisiva aportación de la Gran Bretaña (sometida a otra *negativa* del general-presidente).

Con todo, comentaristas ponderados—así, Schwoebel—han reconocido que las negativas del general De Gaulle frente a los Estados Unidos y al Reino Unido han hecho, en última instancia, un inmenso servicio a Europa y a la Organización atlántica, obligando a americanos, británicos y europeos a tomar conciencia de las exigencias de una verdadera Unión Europea y de la necesidad de un auténtico régimen de corresponsabilidad de la Alianza del Atlántico. Sin las crisis provocadas por De Gaulle, no se hubieran pronunciado palabras como las esgrimidas por Jean Monnet¹²—presidente del “Comité d’action pour les Etats-Unis d’Europe”—, ni hubieran encontrado los aplausos que recibían. Son éstas: “La tarea que se encuentra ante nosotros, claramente, es completar la unión de Europa, comprendida la Gran Bretaña, y desarrollar progresivamente una vigorosa asociación de *partenaires* iguales entre Europa y los Estados Unidos. Tal asociación es necesaria a la organización de la paz del mundo y al mantenimiento de la libertad.” Y refiriéndose a los U. S. A., decía: “*En los Estados Unidos deben darse cuenta de que es natural que Europa pida compartir la responsabilidad y la decisión en materia de defensa, incluidos los medios nucleares, pues pueden poner en juego la existencia misma de los pueblos europeos.*” (Aunque llamando la atención de los europeos, advirtiese el mentado europeísta: “Creo que los europeos deben comprender que la amenaza nuclear es indivisible y que deben ...soportar una parte adecuada de la defensa común”. Así, pues, corresponsabilidad que implica reparto de cargas.)

Y sin las posiciones del general De Gaulle, Washington no hubiera propuesto la creación de una fuerza nuclear de la O. T. A. N. constituyendo, si no una verdadera corresponsabilidad, algo parecido a *un paso* hacia el fin a alcanzar...

Por lo demás, esas ideas hacen ambiente. No es sólo la doctrina gaullista la que percibe la conveniencia de cambios en la *consistencia* de la política europea de Washington. Por ejemplo, el 14 de abril de 1964, el *Guardián*—conocido diario liberal—exponía pensamientos de orientación muy se-

¹² El 23 de enero de 1963, en Nueva York.

mejante, bajo la firma de Clare Hellingworth. Obsérvelo el lector con el siguiente par de párrafos:

1.º “Todos los países de la Europa Occidental simpatizan, más o menos, con el punto de vista del general De Gaulle [acerca de la circunstancia de que la principal piedra de toque de la N. A. T. O. es la dominación de los Estados Unidos y su negativa a abandonar el veto nuclear] y no conceden ya gran crédito a la garantía nuclear americana en Europa.”

2.º “Los jefes europeos de Estado Mayor estiman hoy que, si los proyectos de McNamara se realizaran y no hubiera armas nucleares bajo control europeo, los soviéticos podrían intentar un ataque experimental en Europa a partir de la República Democrática Alemana. Con esto, los europeos podrían tener que luchar durante días, incluso durante semanas, mientras se celebraban conversaciones telefónicas entre la Casa Blanca y el Kremlin.”

III.—*La multiplicidad de facetas de la diseminación nuclear.*

Hay una realidad indubitada e indubitable: el sistema del duopolio nuclear sería modificado si hiciesen aparición otros Estados en posesión del arma nuclear. Y no porque pudieren *realmente* destruir el equilibrio, sino porque podrían esperar llevar a cabo impunemente sus operaciones “personales” utilizando los artilugios nucleares (o la amenaza de su empleo) contra otros Estados desprovistos de ellos. Y esperando, a la par, que las dos superpotencias—paralizadas mutuamente—no estarían en posibilidad de intervenir... Cuando, de hecho, muy probablemente, tales operaciones desempeñarían el papel de “detonador” y desencadenarían una reacción en cadena que conduciría a la guerra nuclear mundial¹³. Esto sin perjuicio de la multiplicación de los riesgos por accidente¹⁴.

* * *

¹³ Hay una buena dosis de verdad en esta argumentación de KISSINGER: «La mayor utilidad de las fuerzas nucleares separadas en Europa parece ser el incrementar el riesgo del agresor a represalias americanas, no europeas. Ahora bien; ellas sólo pueden disuadir si la Unión Soviética se halla convencida de que un conflicto de cierta escala comprometerá a las fuerzas estratégicas de los Estados Unidos. Con lo que la efectividad de las fuerzas nucleares separadas europeas depende de la probabilidad de la intervención estadounidense.»

¹⁴ Vid. M. VIRALLY: «Force de frappe et politique internationale», *Esprit*, París, diciembre 1963, págs. 854-855.

Ahora bien; en esta cuestión hay que hacer distingos. Hay que distinguir los efectos de la diseminación nuclear según ésta se produzca por el aumento del número de países que *poseen* el arma o por el aumento del número de los que la *producen*.

En el primer caso, cabe que la nueva situación no aporte modificación en la estructura de la sociedad internacional. Aun más. Si tal difusión se efectúa bajo una forma determinada, puede tener una derivación: el reforzamiento de las Alianzas existentes—bajo una relación de *clientela* entre la potencia mayor y las potencias menores—, consolidándose la situación internacional actual. Es el supuesto en que las superpotencias distribuyesen a sus aliados determinadas armas nucleares. De hecho, como ha escrito Jacques Vernant, una diseminación de las armas nucleares a base de la posesión “significa simplemente que el campo de despliegue y maniobra nuclear de cada una de las potencias mayores se extiende al conjunto del territorio cubierto por la Alianza de la cual ella es el jefe”.

El temor a la diseminación da a esta faceta un singular interés. Es la hora de aludir a la solución de una *fuerza multilateral* para la O. T. A. N. preconizada por Washington, y todavía en “período constituyente” (en el mejor de los supuestos). El americano William Foster—delegado en la Conferencia del Desarme—exponía las siguientes precisiones en torno a la fuerza nuclear multilateral: Esta fuerza “no daría armas nucleares a ninguna nación considerada individualmente. Ella aumentaría el número de naciones con un dedo no sobre el gatillo, sino sobre el mecanismo de seguridad”.

El panorama sería diferente en el caso de que la distribución de armas por los *colosos* a sus aliados no se acompañase de condición alguna en cuanto a su empleo. Cosa poco verosímil, dado el carácter instantáneo del conflicto nuclear y dado que la autonomía en el *deterrent* la crea tanto la producción como la plena libertad para utilizar las armas nucleares.

Por tanto, únicamente los Estados productores de ingenios nucleares dispondrán de un disuasivo independiente. Y es aquí verdaderamente donde no se puede dejar de admitir que cuanto más numerosos sean los detentadores de las armas nucleares, mayor será la probabilidad de ver el estallido de un conflicto nuclear¹⁵. Especialmente, si nos fijamos en el posible

¹⁵ Así ve el crecimiento del peligro Pedro SMOLENSKY: «La Argentina, refugio antiatómico en la era de la radiactividad», *Vea y Lea*, Buenos Aires, 15 octubre 1959, pág. 48.

comportamiento de las potencias más pequeñas, quienes—tal vez, con menos conciencia¹⁶ que las grandes en lo tocante a la inmensidad de la responsabilidad en este campo—podrían intentar, a base de armamento nuclear, el arreglo de cuestiones y conflictos con sus vecinos¹⁷. ¿Por qué no pensar, a título de ejemplo, en un “*program*” atómico, llevado a cabo por el Egipto de Nasser, poniendo fin en unos instantes, y para siempre, al “problema israelí”?¹⁸.

En la citada publicación de la “National Planning Association”, leemos: “*Aumentará la posibilidad de empleo accidental o intencionado de las armas atómicas*. Una irresponsable escapada de un pequeño país puede servir como catalizador de un conflicto nuclear entre grandes potencias o será la causa de que operaciones militares no-nucleares pasen en escalada a operaciones nucleares”. Etc.

Verdad, sin embargo, sólo en parte. Pues se ha argumentado que en una sociedad internacional constituida por dos potencias nucleares hostiles (*A* y *B*), o dos coaliciones antagonistas controladas por las dos grandes, la explosión de un proyectil atómico sobre el territorio de *A*, o controlado por *A*, no puede provenir más que de *B* o de los aliados de *B*. Mientras que en un mundo donde coexistan varias potencias nucleares—aunque su capacidad sea muy diferente—la explosión de un proyectil en *A* puede ser debida no sólo a *B*, sino a *a*, *b*, *c*, etc. Surgiendo para *A* la necesidad de reflexionar y de proceder a una investigación antes de lanzar una respuesta sobre *B*, réplica que marcaría el principio de la guerra nuclear total... (Claro es que esta concepción habla únicamente de *un* proyectil. ¿Y qué cuando fueran *bastantes*?) Lo cierto es que se glosan las facetas *estabilizadoras* de la difusión de la capacidad nuclear. Liska así lo hace¹⁹.

* * *

¹⁶ Vid. Sidney LENS, en «Pacem in terris and the World Community», *Continuum*, Chicago, verano 1963, pág. 235.

¹⁷ En la llamada *statistical theory* de la difusión de las armas nucleares, los riesgos de accidente, error y desenfreno aumentarán con el número de actores nucleares —particularmente, si son irresponsables, debido a su tamaño, su inexperiencia o su desarrollo—.

¹⁸ Cons. Marc DE LACOSTE LAREYMONDIE: «*Mirages et réalités*», Paris, Serpe, 1964, págs. 149-151.

¹⁹ No obstante, para una mayor precisión de conceptos, vid. LISKA, cit. ant., páginas 277-279.

Se da por seguro el principio *armas atómicas para todos*²⁰.

Ahora bien; como ya hemos adelantado, ello no supone una igualización del poder nuclear. Y, en este camino, se ha establecido una clasificación de los Estados:

1. *Estados con fuerza nuclear independiente*, en plena soberanía y capaz de impedir cuantitativa y cualitativamente la agresión de cualquier adversario y con capacidad para entrar en acción después de encajar un ataque nuclear por sorpresa.

2. *Estados con fuerza nuclear por riesgo de desencadenamiento* (“*triggering deterrent*”) o *con capacidad para desencadenar una gran guerra*. Capacidad que puede ser pasiva o activa. Nos explicaremos. Supongamos dos superpotencias *A* y *B* y varias potencias de capacidad nuclear media *a*, *b*, *c*., etc. Esta capacidad es *pasiva* cuando el armamento que posee *a* obliga a una gran potencia *A* a utilizar contra ella, para aniquilar su capacidad nuclear, tal número de aviones portadores o de ingenios que el equilibrio de fuerzas queda roto entre *A* y *B* y que ésta se encuentra entonces en una posición favorable para efectuar sobre *A* un ataque *decisivo*. La capacidad es *activa* cuando el armamento nuclear de que dispone *a* le permite, en un caso dado, actuar contra una superpotencia, *A*, advirtiéndole de su decisión a la otra superpotencia, *B*, a fin de provocar su intervención contra *A*. Expresado de otro modo: en tales circunstancias, *A* no correrá el riesgo de una agresión convencional o de un “chantaje” nuclear contra *a* por miedo de que ésta utilice sus armas nucleares para desencadenar la intervención de *B*. Notemos igualmente que una capacidad nuclear limitada de *a*, Potencia media, constituyendo un *deterrent* por riesgo de desencadenamiento respecto a una gran Potencia, *A*, lógicamente constituirá un independiente *deterrent* de *a* contra una agresión de otra potencia media, *b*.

3. *Estados con un mínimo de medios nucleares*, insuficientes para poder desempeñar el papel de punto de desencadenamiento descrito en las líneas precedentes.

²⁰ Por lo menos, *de diez a quince Potencias*. Vid. Sidney LENS, cit. ant., pág. 235. Sin embargo, vid. más detalles en Howard SIMONS: «Bombas atómicas para todos», *Revista Rotaria*, Evanston, junio 1960, págs. 12-14; Hedley BULL: «The Control of the Arms Race», Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1961, págs. 147-157; y L. BEATON y J. MADDOX: «La diffusione delle armi nucleari», Milán, Comunità, 1964, págs. 81 y sigs. y 192-194.

Y, a menos que no se realice un control muy estricto de los armamentos, es muy posible que, de aquí a unos años, esas tres categorías de capacidad nuclear tengan su representación en la sociedad internacional. Así lo piensa A. L. Burns.

Liska vislumbra el paso de *una situación nuclear con dos superpotencias a una situación nuclear con dos filas de potencias*—con dos altamente desiguales clases de potencias nucleares—. Vernant advierte que, además de los Estados Unidos, la U. R. S. S. y la Gran Bretaña, podrán formar parte de la primera categoría algunas potencias de la Europa continental (Francia) y la China comunista. De la segunda, algunos Estados de Europa, quizá el Japón, uno o dos miembros de la Commonwealth y uno o dos países sudamericanos. De la tercera, países europeos, países sudamericanos y aun medio-orientales ²¹.

IV.—Conclusión: la cuestión clave.

El meollo del asunto radica en que el arma nuclear eleva el *status* internacional en un mundo de *política de poder*.

Un hombre situado en el ambiente de estas cuestiones—Alexandre Sanguinetti, vicepresidente de la “Commission de la Défense Nationale”—ha escrito, bien explícitamente: “*El arma atómica se ha convertido en la condición y la posibilidad de la vuelta a la independencia de las naciones secundarias*. En todo caso, para algunas de ellas; singularmente, las viejas naciones históricas de la Europa Occidental” ²².

En efecto. Véase el razonamiento. Si un país no puede darse el arma nuclear, por falta de recursos materiales, industriales y científicos, o por razones exteriores que se lo prohíben (como es el caso de Alemania), no será—en lo sucesivo—más que una potencia de segunda fila—próspera e influyente, quizá, pero sin acceso a las decisiones vitales para el futuro del mundo—. A este respecto, categóricas eran las afirmaciones de Jacques Soutelle en el Senado francés: “*El 'standing'—pacífico o militar—de un país se mide por su capacidad de dominar las fuerzas del átomo*. Nadie podría

²¹ Cons. Arthur Lee BURNS: «Power Politics and the Growing Nuclear Club», Center of International Studies, Princeton University, 1959; y Jacques VERNANT: «Le monde dangereux de 1970», *Politique Etrangère*, París, 1959, 4, págs. 399-407.

²² Cons. Alexandre SANGUINETTI: «La France et l'arme atomique», París, Julliard, 1964, pág. 25.

tomar la responsabilidad de privar a Francia de este *triunfo esencial en el mundo moderno... La fabricación de la bomba atómica es un deber nacional que condiciona la independencia y la existencia misma del país...* Si no dominásemos la técnica nuclear, pronto no seríamos más que una nación secundaria.”

Cierto que, aun con el arma atómica, una potencia no podrá ser una gran potencia “a parte entera”, al nivel de las superpotencias. Hay todos los demás “medios de poder”—población, territorio, recursos económicos, etcétera—, que cuentan en este dominio. Pero lo que parece constituir un significativo cambio de estatuto es la modificación fundamental que el arma nuclear aporta a la capacidad diplomática. Es decir, el tener que ser asociado a todas las grandes decisiones de política mundial²³.

Y no se olvide que, como ha dicho Michel Virally, “la teoría de la diseminación de las armas nucleares depende mucho más de la guerra psicológica que de la guerra nuclear”.

Esa idea es la que han de aprehender en su real significación—con franqueza e imaginación—los dirigentes del mundo atlántico, si quieren,—sinceramente—salvaguardar la solidaridad occidental y dar pie para que Europa avance hacia la unidad, factor de paz en el mundo...

LEANDRO RUBIO GARCÍA.

²³ Vid. Michel VIRALLY, cit. ant., págs. 848 y 856.